

También a principios de mayo se siguen entronizando en floridos altares a las niñas elegidas como «mayas», herederas de similares diosas del paganismo. A mediados del mes, los agricultores honran a su patrono San Isidro en 114 localidades madrileñas, con romerías con tractores, bendición de los cultivos y procesiones en las que se esparcen granos de trigo. Otro venerado santo es Antonio de Padua, y en alguna de sus procesiones se puja o compite en donativos por el honor de llevar las andas de su imagen. Por su parte, los vecinos de Aranjuez ofrendan cestas con fresas a su patrono San Fernando rey. Son muy numerosas las romerías campestres con danzas tradicionales, así como los tan ibéricos encierros de toros y vaquillas, ya que casi no hay fiesta sin lidia de toros. Una novedad que se extiende es la de las comidas comunitarias sufragadas por los ayuntamientos, que buscan el mayor realce de sus festejos, y se preparan enormes paellas, cocidos y sardinadas para regalo del cada vez mayor número de lúdicos participantes. Y como elementos singulares, destacan las torres humanas que se forman en el interior del templo de Villa del Pardo el día de su Virgen patronal, los niños comulgantes que llevan la custodia en la procesión del Corpus de La Cabrera y, el mismo día, las alfombras artísticas de arena coloreada que se diseñan en Brunete.

Un curioso anexo en el libro está dedicado a los datos sobre fiestas aportados por las respuestas municipales a las *Relaciones topográficas* encargadas por Felipe II, que demuestran cómo las devociones se transforman con el paso del tiempo. Así, nos enteramos del gran culto tributado a mediados del s. XVI al italiano San Gregorio Nacianceno, obispo de Ostia que murió en Logroño en 1048 y fue considerado protector de los viñedos, a los que defendía de la plaga del pulgón o «escarabajuelo», que devoraba los tiernos pámpanos. De los 61 pueblos madrileños relacionados, en 37 se habían adoptado fiestas votivas para implorar y agradecer su ayuda. Suplantado luego en su poder plaguicida por San Isidro, hoy día tan solo se le recuerda festivamente en una localidad: Humera. Pero son muy escasos los datos históricos a nivel global, por lo que los autores del trabajo se han basado preferentemente en la información oral. Respecto a la evolución reciente, distinguen dos períodos de acelerada desaparición de rituales festivos: el de la postguerra con su despoblamiento, y el del desarrollismo de los sesenta, con el auge de Madrid capital como polo de atracción. Como agentes de la recuperación reciente, señalan a las asociaciones culturales en ocasiones apoyadas por las corporaciones municipales.

Para terminar, una mención a las fotografías ilustrativas, y a los próximos libros en preparación por este activo centro: la Semana Santa en España, el Corpus en Madrid y las fiestas del ciclo de verano en la comunidad madrileña.—DEMETRIO E. BRISSET.

CASADO VELARDE, Manuel: *Lenguaje y cultura. La etnolingüística* (Madrid: Síntesis, 1992), 159 pp.

A lo largo del siglo XX, el objeto por excelencia de la lingüística (la teórica, claro está) ha sido básicamente la lengua, en cuanto sistema de signos («considerada en sí misma», diría Saussure). Desde el momento, pues, que entran en consideración otros aspectos no necesariamente lingüísticos, se empieza a hablar de nuevas disciplinas: es el caso de la sociolingüística o el de ésta que nos ocupa, la etnolingüística.

El presente libro presenta algunos de los principales aspectos que han derivado del tratamiento conjunto de lengua y cultura en el marco de la lingüística. A lo largo de trece capítulos se esparcen de manera más o menos homogénea ideas de lingüistas y antropólogos, principalmente, que han insistido en la necesidad de dicho tratamiento. Ahora bien: Casado Velarde ha querido poner límites a este vasto campo, que es la interrelación lengua/cultura, y para ello ha seguido muy fielmente los presupuestos de Eugenio Coseriu.

A nuestro entender la obra permitiría una división en tres bloques de contenido. El primero corresponde a una serie de aclaraciones teóricas y metodológicas. Por ejemplo, *cultura* es un concepto muy amplio, que incluye todo aquello que ha sido resultado de la actividad humana, mientras que por *lengua* se entiende el producto cultural por excelencia del hombre. El problema radica en ver hasta qué punto son importantes las relaciones entre la lengua y la cultura de un pueblo. En este punto el autor suscribe la idea de Whorf: es preferible hablar de «influencias recíprocas» más que de correlación inmediata y directa entre hechos culturales y hechos lingüísticos. En cuestiones metodológicas, Casado ha seguido de cerca los planteamientos del profesor Coseriu. Le interesa sobre todo este lingüista como aglutinador de las corrientes idealista y estructuralista en la lingüística del siglo XX, razón por la cual adopta una posición intermedia en la historia de la lingüística, entre los que han soslayado el aspecto cultural del lenguaje y los que ponen especial énfasis en este hecho (de un lado el positivismo y el estructuralismo europeo y americano, de otro el antipositivismo, el idealismo de Vossler y los antropólogos americanos como Sapir)<sup>1</sup>.

El objeto del segundo bloque es el intento de definir el objeto de la *etnolingüística*. El autor sigue en este caso las ideas establecidas por Coseriu en un artículo ya clásico: «La socio- y la etnolingüística: sus fundamentos y sus tareas» (*Anuario de Letras*, XIX, 1981)<sup>2</sup>.

El tercer bloque es el más heterogéneo de todos<sup>3</sup>. Se preocupa de problemas como el lenguaje de determinados ambientes juveniles, como ejemplo del rechazo de unos valores culturales más o menos vigentes en la sociedad. No falta tampoco un pequeño esbozo de cuál ha sido la valoración que las distintas líneas de pensamiento han tenido hacia el lenguaje. Por fin, sus últimas páginas son harto elocuentes de cómo es prácticamente imposible hacer historia de la lengua sin una fuerte base cultural. Concluye con la presentación a modo de antología de una sarta de textos en los que se aborda el problema de la relación lengua/cultura.

Tal es el contenido y la estructura de la obra. Se podría hacer algún comentario más por lo que deja de decir que por lo que realmente analiza. Nos referimos sobre todo a la escasa información dada sobre la relación entre etnografía y geografía lingüística (en ningún momento se menciona a Jaberg y Jud, mentores en este campo); apenas unas líneas se dedican al método de palabras y cosas (no olvidemos el estudio de Caro Baroja sobre Vera de Bidasoa, donde aplica dicho método); y no se menciona la labor de Krüger y del Seminario de Lengua y Cultura de la Universidad de Hamburgo en torno a la relación cultural material/léxico desarrollada en la Península Ibérica. Ciertamente es que la obra pretende ser meramente introductoria, y que, además, se ajusta a la bases de la teoría coseriana,

<sup>1</sup> Véase, a este respecto, la «Introducción» y los capítulos 1, 2 y 12.

<sup>2</sup> Todo su desarrollo de los capítulos 3 al 8.

<sup>3</sup> En este bloque tercero agrupamos los capítulos 9, 10 y 11.

lo cual justificaría tales ausencias. Por otro lado, la mención que en el libro se hace de algunas de estas relaciones (con la geografía lingüística, por ejemplo) no es tanto para mostrar la existencia de un campo de investigación concreto, delimitado e interdisciplinar, como un modo de ilustrar esa otra forma de etnolingüística que se ha venido haciendo hasta la fecha de manera fragmentaria y ocasional.—JESÚS FERNÁNDEZ VALLEJO.

GARCÍA GRINDA, José Luis: *Arquitectura Popular Leonesa* (León: Diputación provincial de León, 1991). Vol. I, 310 pp. con fots. e ilustr.; vol. II, 177 pp., 440 dibujos.

El libro que vamos a comentar es fruto de un trabajo encargado por la Diputación de León. Para la redacción del mismo se convocó un concurso en el año 1984 bajo el título *Catálogo, descripción y estudio de piezas y conjuntos representativos de arquitectura popular y tradicional con significación rural o urbana de la provincia de León*. En él, el equipo de José Luis García Grinda, arquitecto, resultó ganador. La recogida de datos corre a cargo de José Luis García Grinda y Carmen Martín Garrido en una primera fase, apoyados en una segunda por Teresa García Grinda y María Paz Gutiérrez Díaz. Los dibujos finales han sido realizados y revisados por José Luis García Grinda y la delineación corre a cargo de Teresa García Grinda. Continúa la larga tradición de arquitectos vinculados al estudio de la arquitectura popular abriendo nuevas formas de acercarse a dicho fenómeno. El resultado es, en palabras de D. Julio Caro Baroja, que prologa el texto, una obra de las más perfectas en su género.

La publicación se divide en dos volúmenes, el primero de ellos en el que se analizan las arquitecturas combinando textos e imágenes de fotografías, mapas, esquemas, croquis, planos de pueblos..., y en el segundo incluyen planos a escala, generalmente 1/50, de edificios y de conjuntos de edificios.

El primer volumen está dedicado a la descripción, localización, catalogación de las diferentes arquitecturas. El texto comienza con un capítulo breve en el que se describen someramente aspectos físicos y sociales de la provincia. Sigue un repaso a los tipos arquitectónicos reconocidos tradicionalmente en la literatura como paradigmáticos de la región, la casa norteña y montañesa; casas de *teito*, las casas de corredor, las casas de las tierras medias: casas de *teito* o *sobera* y las casas de corral cerrado. Esta clasificación es resumida en dos tipos, por un lado, casas de montaña de piedra, dedicadas a la ganadería, y, por otro, casas de la meseta y del llano, de barro, dedicadas a la agricultura.

Los ocho capítulos siguientes constituyen el grueso de la obra y en ellos se trata cada una de las ocho comarcas en las que se divide la provincia. Termina el libro con un apartado dedicado a la arquitectura que llama auxiliar en el que se incluyen construcciones agropecuarias (refugios, chozos, cabañas, brañas, invernales, majadas, cuadras, pajares, eras, hórreos, graneros, bodegas y lagares, palomares, colmenares...); arquitectura institucional (iglesias, ermitas y santuarios, cementerios, casas de concejo, escuelas, mercados...); arquitectura de hospedaje (hospitales, ventas, posadas...); arquitectura lúdica (frontones, plazas de toros, boleras...); arquitectura comunal (fuentes, pozos, lavaderos, potros, fraguas, hornos, puentes, presas y compuertas, molinos, ferrerías...). Estos edificios se estudian conjuntamente en la provincia, aunque en cada comarca concreta ya hayan sido tratados.